

La duplicidad de Eduviges Dyada va más allá de la retórica o de la oposición verdad/mentira. También es ontológica. Sabemos que tiene una hermana (María Dyada), y aunque ésta no es su *otra* cara, nos ayudará pronto a resolver un problema estructural. La pareja dioscúrica es formada por Eduviges y Dolores. Según aquélla:

Nos hicimos la promesa de morir juntas... Eramos muy amigas... Perdóname que te hable de tú; lo hago porque te considero como mi hijo. Sí, muchas veces dije: «El hijo de Dolores debió haber sido mío». Después te diré por qué. Lo único que quiero decirte ahora es que alcanzaré a tu madre en alguno de los caminos de la eternidad. (SI: 5DN, pág. 15.)

Los dioscuros, manteniendo su unidad aquí en la tierra (amistad) y luego en el cielo (igual a astros gemelos), tienen un determinado número de afinidades y oposiciones que los une, pero que no los confunde; o sea, unidos mantienen su singularidad. Las oposiciones entre Eduviges y Dolores son varias: ésta es pasiva y retraída (pero más pronta al rencor y al odio); aquélla es activa y franca (pero más libre en el perdonar y en el dar); Eduviges era «más joven» y «menos morena» que Dolores (SII: 4DN, pág. 21), pero Pedro Páramo confunde una por la otra en su noche de bodas. Dolores le da un hijo a Pedro, pero, según Eduviges, el hijo de Dolores «debió haber sido mío». Por último, Eduviges les da un hijo «a todos» (SIII: 6DN, pág. 34), pero nadie lo reconoce como suyo *mientras ella vive*, y en esto corre pareja la suerte del hijo de Dolores Preciado, ya que Juan tampoco es reconocido por su padre.

Llegando a este punto propongamos lo siguiente: Eduviges funciona como *madre metafórica* (fiel a su retórica de verdad), recibiendo a su hijo y dándole alojamiento. Y al alojarlo en el cuarto sellado lo está alojando en el espacio que *más le pertenece* a Pedro Páramo por su crimen cometido. La herencia de Juan Preciado: un collar de crímenes y estupro; muerte y cópula que es, por otra parte, santo y seña de otro hermano, Miguel Páramo.

Liguemos lo anterior con Abundio. Recuértese que Dolores le comunica a Eduviges la llegada a Comala de Juan Preciado:

Parecía que me hubiera estado esperando...

—Ella me avisó que usted vendría. Y hoy, precisamente. Que llegaría hoy. (SI: 5DN, pág. 14.)

La presencia de Abundio no es, por tanto, una casualidad. Encontrándose en un entrecruce de caminos llamado ominosamente «Los encuentros», notamos que la familia de Juan Preciado le tiene todo preparado, en confabulación, aguardándolo. El destino de Juan Preciado es el de llegar a la muerte por medio de vínculos de parentesco, literales o metafóricos. Juan Preciado va de su *madre* a su *medio hermano* (Abundio), quien le recomienda que se hospede en casa de doña Eduviges (*madre metafórica*); luego se encuentra con Damiana Cisneros (también *madre metafórica* de Juan Preciado por haberle cuidado de niño, pero ahora en contigüidad con Pedro Páramo), quien acompaña a Pedro Páramo hasta la muerte de éste, fungiendo como ama de casa (es decir, *esposa metafórica* de Pedro Páramo). De Damiana Cisneros hay

un nexo con la pareja de hermanos incestuosos, quienes *retienen* a Juan en Comala aún cuando éste intenta huir del pueblo (en tres ocasiones):

Pensé regresar. Sentí allá arriba la huella por donde había venido, como una herida abierta entre la negrura de los cerros. (SIII: 18DN, pág. 50.)

... ¿Cómo se va uno de aquí?

—¿Para dónde?

—Para donde sea. (SIII: 19DN, pág. 54.)

—Nada —dije—. Cada vez entiendo menos —y añadí—: Quisiera volver al lugar de donde vine. Aprovecharé la poca luz que queda del día.

—Es mejor que espere —me dijo él—. Aguarde hasta mañana. No tarda en oscurecer y todos los caminos están enmarañados de breñas. Puede usted perderse. Mañana yo lo encaminaré.

—Está bien. (SIII: 19DN, pág. 57.)

De esta pareja incestuosa (pareja primigenia y padres metafóricos de la humanidad por su proximidad semántica a Adán y Eva) el desenlace lógico es la muerte de Juan Preciado, quien en forma figurada se ha retrotraído a los orígenes del hombre. El diseño o proceso que marca el destino de Juan es obvio: va de lo más concreto a lo más generalizado, de lo real a lo virtual, de lo más literal al extremo metafórico. Pero la figura de la madre persigue a Juan: entierran en el mismo ataúd a Dorotea, quien siempre abrigó la ilusión de la maternidad. En el proceso de muerte, Juan Preciado se encuentra ligado —como nunca— a inesperados e inimaginables lazos de parentesco.

6

No valdría la pena detenerse tanto en Eduviges si no fuera porque ella encierra otro misterio; ya la vimos jugar con Juan y ahora vemos que trata de hacerlo con el lector. ¿O es que la «obra de relojería» hecha por Rulfo muestra por fin tener fallas internas? Veamos de cerca el problema.

Toda la sección tres es la sección-eje en que el mal muestra todo su empuje y poderío mediante la confluencia anímica de Pedro y Miguel Páramo. Esta sección es, también, la de más mortandad de personajes: mueren don Lucas Páramo (padre de Pedro), Miguel Páramo y Juan Preciado (hijos de Pedro), y Toribio Aldrete (víctima de Pedro). Pero, en forma inversa, es la sección en que Comala se *integra* bajo el dominio de Pedro Páramo, resultando un lugar de abundantes cosechas y prosperidad. Un mundo invertido: la bonanza es producto del caciquismo y de la voluntad de poder. Moraleja: los pobres de espíritu nunca poseerán *este* reino.

La sección tres empieza con un diálogo (más bien un malentendido) entre Juan Preciado y Eduviges: mientras aquél sigue inquiriendo sobre la situación anómala de Comala, ésta interpreta su pregunta («¿Qué es lo que pasa...?») como si se refiriera al ruido del caballo que *pasa* galopando. Este caballo era del difunto Miguel, caballo que ahora le representa por *reducción metafórica* (animalización de Miguel, ánima en pena) y por *trasnominación metonímica* (la cabalgadura por el cabalgante). Las relaciones entre Eduviges y Miguel son algo confusas. Según ella:

—Todo comenzó con Miguel Páramo. Sólo yo supe lo que le había pasado la noche que murió. Estaba yo acostada cuando oí regresar su caballo rumbo a la Media Luna. Me extrañó porque nunca volvía a esas horas. Siempre lo hacía entrada la madrugada. Iba a platicar con su novia a un pueblo llamado Contla, algo lejos de aquí. Salía temprano y tardaba en volver. Pero esa noche no regresó ...eso de que no regresó es un puro decir. No había acabado de pasar su caballo cuando sentí que me tocaban por la ventana... Y era él, Miguel Páramo. No me extraño verlo, pues hubo un tiempo que se pasaba las noches en mi casa durmiendo conmigo, hasta que encontró esa muchacha que le sorbió los sesos. (SIII: 1DN, págs. 25-26.)

Desde un punto de vista sobrenatural, Eduviges ha condicionado su narración con la confesión previa, hecha a Juan, de que ella posee un «sexto sentido». De esta relación algo sibilina, se extrae también que Eduviges fue amante de Miguel Páramo, si se interpreta como eufemismo común el decir «se pasaba las noches en mi casa durmiendo conmigo». De su parte, Miguel le dice a Eduviges: «Vengo a contártelo a ti, porque tú me comprendes. Si se lo dijera a los demás de Comala dirían que estoy loco, como siempre han dicho que lo estoy». La excentricidad de Eduviges (por su sexto sentido) le da —además del carácter de posible ex amante— una relación íntima con Miguel, considerado también «excéntrico» (por loco). Débese advertir, sin embargo, que Eduviges mantiene una relación inversa con Miguel: con éste habla *literalmente* y no en términos metafóricos (como con Juan). Después de notificarle a Miguel que está muerto, Eduviges añade:

—Mañana tu padre se retorcerá de dolor... Lo siento por él. Ahora vete y descansa en paz, Miguel. Te agradezco que hayas venido a despedirte de mí.
Y cerré la ventana. (SIII: 1DN, pág. 26.)

Esta misma mañana recibe Eduviges recado de Pedro Páramo informándole de la muerte de Miguel y pidiéndole que le haga compañía en ese momento de pesar. Hasta este punto de la narración, tanto Juan como el lector no ven ningún desajuste o falla interna en el relato de Eduviges. Sólo al llegar a 6DN de la misma sección surge un detalle contradictorio, y éste en boca de un narrador omnisciente, quien describe la situación en que se halla el P. Rentería. Esa noche es la del velorio de Miguel Páramo, pero el P. Rentería no piensa directamente en Miguel, sino que quizá por correlato lógico (dinero para misas gregorianas/monedas de oro), su pensamiento tuerce su camino y nos lleva a la muerte de Eduviges Dyada, ocurrida muchos años antes de la de Miguel Páramo. Según el P. Rentería:

Todo esto que sucede es por mi culpa —se dijo—. El temor de ofender a quienes me sostienen. Porque ésta es la verdad; ellos me dan mi mantenimiento. De los pobres no consigo nada; las oraciones no llenan el estómago. Así ha sido hasta ahora. Y éstas son las consecuencias. Mi culpa. He traicionado a aquellos que me quieren y que me han dado su fe y me buscan para que yo interceda por ellos para con Dios. ¿Pero qué han logrado con su fe? ¿La ganancia del cielo? ¿O la purificación de sus almas? Y para qué purifican su alma, si en el último momento... *Todavía tengo frente a mis ojos la mirada de María Dyada, que vino a pedirme salvara a su hermana Eduviges:*

—Ella sirvió siempre a sus semejantes. Les dio todo lo que tuvo. Hasta les dio un hijo, a todos. Y se los puso enfrente para que alguien lo reconociera como suyo; pero nadie lo quiso hacer. Entonces les dijo: «En ese caso yo soy también su padre, aunque por casualidad haya sido su madre.» Abusaron de su hospitalidad por esa bondad suya de no querer ofenderlos ni de malquistarse con ninguno.

—Pero ella se suicidó. Obró contra la mano de Dios.

—No le quedaba otro camino. Se resolvió a eso también por bondad. (SIII: 6DN, pág. 3.)